

# El misticismo de Jaime Quezada

Poeta de la generación del 60, activista de talleres literarios, asceta del siglo XX, Jaime Quezada, místico y contingente, en un diálogo sobre lo divino y lo humano.

Faride Zerán

Requiere de la distancia para que sus lugares sagrados, la torre de la iglesia, el kiosco de la plaza, la capilla de las monjas de la caridad, o el viejo restaurante donde tomaba cerveza cuando estudiante, adquieran la dimensión inspiradora para este poeta sin atarantamientos que se nutre en su Los Angeles provinciano y natal.

Jaime Quezada, 48 años, es egresado de la Escuela de Derecho de la Universidad de Concepción. Crítico, poeta, actual presidente de la Sociedad de Escritores de Chile, activista de talleres literarios, es célibe, y posee facha y alma de monje trapense preocupado de las cosas de arriba pero alerta con todo lo que acontece abajo.

Autor de *Poemas de las cosas olvidadas* (1965); *Las palabras del fabulador* (1968); *Astrolabio* (1976); *Huerfanías* (1985, reeditado recientemente por Pehuén), y *Un viaje por Solentiname* (1987), Jaime Quezada se define como naturalista y silvestre con la misma solemnidad con la que señala que cada noche se desnuda frente a su propia conciencia pidiendo un poco de paz para este mundo.

En la amplia y fría sala de reuniones de la SECh, presidiendo con propiedad una gran mesa *ad hoc* con su investidura, habló de lo humano y también de lo divino, serio, pausado, mirando al infinito, como corresponde a un poeta algo místico y más bien tímido.

—Cuando le preguntaron a qué escritores chilenos actuales admiraba, respondió que a Vicente Pérez Rosales, a Vicuña Mackenna, y a Edwards Bello. ¿Está a retrotiempo, como se interroga en su *Quién soy o es una forma de eludir nombres de hoy*?

—Es una manera verdadera de responder. Efectivamente, cuando yo cito a esos personajes, estoy citando una literatura actual, permanente, con su historia, con su testimonio, con su crónica, con su geografía. Pienso que son escritores muy actuales pese a que algunos tienen más de un siglo. *Recuerdos del pasado* es una obra del futuro también. No es una manera de eludir nombres actuales. Tengo mucho interés por estos autores que he citado, y son de alguna manera mis padres tutelares que están en mi poesía, están en mi prosa, están en mis afanes investigativos, por lo de

geográfico que tienen, por lo de historia que hay, por lo de Chile, y sobre todo por un sentido crítico que está presente.

—¿Qué pasa entre Ud. y Gabriela Mistral?

—Que hay una relación muy permanente, que hay un afecto mutuo, creo que ambos nos simpatizamos, y he venido de la mano de la Mistral desde niño.

—¿No por los *piecitos de niño*...?

—Es cierto. Nunca fue la Mistral un trauma escolar a través de esos textos que tuvimos que aprender de memoria, y que han sido un factor negativo en muchos casos para el buen conocimiento de su obra. Ha sido al revés. La Mistral me ha permitido conocer la poesía, tanto de ella como de otros. A través de ella he conocido a Martí, a Teresa de Jesús. A través de ella he conocido Chile y América, y esta relación ha ido creciendo con el tiempo, y somos, ya no madre-hijo sino hermano-hermana.

—¿En qué aspectos esos textos escolares de la Mistral son elementos distorsionadores?

—No hay un conocimiento a cabalidad de la obra de Gabriela Mistral, y todo el mundo piensa que ella es una vieja *demodé* que no tiene absolutamente nada que decir, porque nos quedamos con lo que aprendimos en la escuela. Y para muchos la Mistral es eso, la poesía aparentemente pueril, que en el fondo no lo es, y que uno debe aprender por obligación. Esto de alguna manera no es un buen conocimiento de la obra de la Mistral.

—Me olvidé preguntarle, ¿es casado?

—No.

—¿Separado?

—No.

—¿Soltero? ¿Viudo?

—Soy célibe.

—¿No cultiva un poco la imagen de monje trapense?

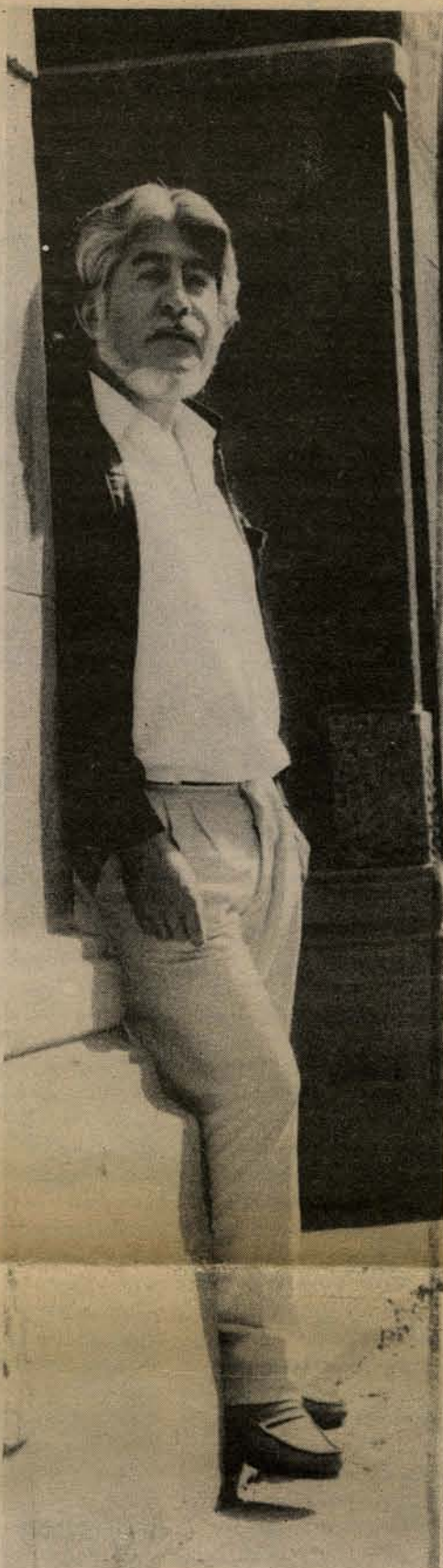
—Creo de alguna manera lo soy. Por mi manera de vivir, por mi conducta, por mi mirada religiosa del medio, del ambiente, del mundo, y por mi vida interior y mi actitud tanto en mi hogar como en mi vida personal e incluso pública.

—¿Es un hombre creyente?

—Soy un cristiano primitivo, un hombre de religiosidad, o una "dami-ta" del siglo XX que cada noche se desnuda frente a su propia conciencia, y pide a Dios un poco de paz para este pobre mundo.

—Volvamos a la literatura. Ud. se define como un poeta más intuitivo que teórico, más cerca de la tierra que de escuelas y doctrinas, y dice, como Camus, que no hay que estar con los que malamente hacen la historia sino con quienes la sufren. ¿Cómo se traduce todo esto en su obra?

—A través de un lenguaje motivado por la sencillez de las cosas cotidianas, de la relación familiar, religiosa, y también por un afán de acercamiento a la naturaleza. Y a través de un sentido histórico de las realidades que vive el hom-



CARMEN GLORIA ESCUDERO

bre contemporáneo. En gran parte de mi poesía está el pasado, está el pretérito, pero también están el porvenir y las preocupaciones históricas. El último libro mío, *Huerfanías*, fue escrito en pleno período de la medievalidad chilena, del año 1973 hacia adelante, y está la contingencia, está la realidad histórica, está todo el dramatismo del hombre contemporáneo.

—Ud. es de la generación de los 60, generación diezmada, perdida, maldita y quemada —estoy repitiendo sus palabras—. Gonzalo Millán, Floridor Pérez, Waldo Rojas, Omar Lara.

¿Qué ocurrió con esa generación?

¿Por qué Ud. es un sobreviviente?

—Es una generación muy importante en un momento dado en el desarrollo de la poesía chilena, que siempre ha marcado hitos, desde comienzos de siglo. Y esta generación surge muy unitariamente tanto por su obra como por su compromiso de vida. Y sucede que en ese momento viene el golpe militar y esto produce una crisis en toda la sociedad chilena, y nosotros no estuvimos ajenos a ella. Gran parte de mi generación, que recién estaba publicando su obra, que recién estaba tomando carácter como tal, se va al exilio, y somos poquísimos los que nos quedamos en Chile. Yo diría que no soy el único sobreviviente de esta hecatombe que hubo en Chile. Prueba de ello es que esta genera-

ción que en un momento fue diezmada, retoma de nuevo esta línea de continuidad en la poesía chilena que parecía haberse interrumpido. Ejemplo de ello son los recientes estudios que se están realizando por profesores y ensayistas universitarios preocupados e interesados en esta generación del 60.

—¿Cuáles son los referentes literarios de esta generación?

—Fundamentalmente surge de la universidad chilena, en un momento en que la propia universidad estimula y contribuye a dar posibilidades a los escritores jóvenes, a los poetas que nacían en ese entonces, cuestión que hoy día no existe. Hay también un elemento común, en el sentido de que todos empezamos a publicar una obra que se caracterizaba por la brevedad del lenguaje, con una poesía epigramática, fundamentalmente desmitificadora y desacralizadora. Por un lado, enriquecida por el aporte de la antipoesía, y de la obra de Gonzalo Rojas. En fin, maestros que teníamos entonces, y que la generación de hoy no los tiene. Además, teníamos una actitud muy vigilante y una conciencia viva de lo que estaba ocurriendo en Chile, aun cuando no hacíamos una poesía de ese carácter.

—Del sur de Chile, de Los Angeles, a Santiago. De la crítica, y de la Escuela de Derecho, a la poesía. ¿De qué manera influyeron estos cambios, estas opciones, en su obra?

—Me parece que todo ha sido como un desarrollo normal, o natural, o fermental de cada una de estas vertientes en mis tareas literarias, creadoras. Surjo en una provincia fundamentalmente boscosa, agrícola, y privilegiada por una naturaleza realmente interesante, y me accebo a la gran ciudad, y la gran ciudad significa para mí el acercamiento a un mundo de creatividad mayor, con toda esta perspectiva de mirar hacia atrás, hacia lo que uno trae de esas tierras y lugares natales, para aproximarse a las realidades modernas y vivísimas de la ciudad. Pero eso no ha sido en mí, creo, un traspaso que pudiera marcar exitosamente mi trabajo poético. Lo veo como un proceso normal, natural y a la vez enriquecedor. De repente caminando por el paseo Ahumada, perdido en esa muchedumbre, trato de estar como en la isla Juan Fernández, o en la Isla Mocha, o en alguna isla de Chiloé.

—Ud. postuló alguna vez la necesidad de recuperar una perspectiva testimonial en la poesía. Pienso, dijo, que la poesía debe dar cuenta de la realidad personal, social, colectiva que hemos vivido. ¿Le ha costado mucho plasmar esa realidad en su obra? ¿Qué recursos estilísticos y estéticos utiliza para no caer en la obviedad?

—Siempre he postulado que el escritor chileno, el escritor de este tiempo, fundamentalmente el poeta, debe ser un hombre testigo de su tiempo. Chile es un país de América, y tenemos tanto que decir, tanto que entregar al mundo, que tenemos que mirar nuestras realidades, y las realidades nuestras son los testimonios vivos que tenemos en nuestro continente, en esta América Latina. Creo que el poeta debe ser un testigo de su tiempo. Ya lo dijo Neruda antes, y lo dijo la Mistral. Por eso se escribió un *Canto General*, por eso se escribió un *Poema de Chile*, que han sido significativos. Si algo queda de la poesía chilena del siglo XX, van a ser esos libros. Allí está la historia, el hombre y sus realidades, la contingencia política.

—¿Y cómo ha traducido esto en su poesía?



—En mí se ha plasmado tanto en mi escasa poesía como en mi prosa, pero es importante tener conciencia de ello a través de un lenguaje de sencillez en lo profundo, y de un reencuentro con la historia. Creo que a los poetas chilenos en general, no les interesa mirar la historia de Chile hacia atrás. Son pocos los que han mirado el proceso geográfico o histórico. No sólo sus historiadores. Sus geógrafos, y también sus naturalistas. Esas son mis fuentes permanentes de lecturas, y permanentes en mi trabajo creativo.

—¿Qué y cómo es para Ud. el fenómeno de la creación literaria?

—Es un oficio permanente, diario, cotidiano, y se me da como un trabajo. Un trabajo que me llena de responsabilidad pero al mismo tiempo de tarea de gozo, de disciplina, de rigor. No hay frivolidades, no hay liviandades. Al revés. Tengo un gran respeto por este trabajo creador. Y se me da por varias vertientes. Una, es a través de las fuentes lecturales, como señalaba recién, y pueden ser múltiples, desde un libro de botánica, a uno de astronomía. Desde una novela a un libro de ciencia ficción. Y las vertientes mediatas, contingentes, reales, y mi propio mundo de interioridades. Su soledad, su silencio, su sosiego. Tengo una actitud contemplativa de la vida, pero esta contemplación no significa pasividad sino una acción permanente. Lo que llama Juan de la Cruz, un poco estar pendiente o preocupado tanto de las cosas de arriba como de las cosas de abajo.

—Hábleme un poco de esos autores que admira y de los cuales se nutre.

—El poeta está hecho de vertientes, de vasos comunicantes, y nos vamos nutriendo unos a otros permanentemente. Aprendo mucho de todos los autores que leo. Desde los más jóvenes a los más viejos. Desde autores presentes a autores del siglo pasado. De ahí mi interés por los poetas místicos del siglo XVI español. Por la lectura de Juan de la Cruz y de Teresa de Jesús. Pero también mi lectura es Borges, es César Vallejo, es Ernesto Cardenal y José Martí, y la Mistral, y nuestra América. Hay un autor chileno que me interesa mucho y del cual sí que puedo decir con énfasis que me estoy nutriendo mucho, y que no es desconocido sino que olvidado, olvidadísimo. Es Rosamel del Valle. Siempre está aportando una visión de mundo con la iluminación que tiene en su poesía, con la conceptualidad y dramatismo de su obra.

—¿Qué significa la experiencia del Taller de Poesía que dirige en la Fundación Neruda?

—Es una de las experiencias más notables e enriquecedoras que me ha ocurrido en el último tiempo. El poder tener un taller con las características de éste, para autores jóvenes no mayores de 30 años. Trabajar con un grupo de diez autores jóvenes, vitalmente creadores, abiertos a los estímulos actuales, permite la posibilidad del trabajo común. Ahí me siento un integrante más, y participamos juntos en una discusión, en un diálogo, en un conocimiento de lo que es el proceso creativo, tanto personal, de cada uno de ellos como el de otros autores mayores. Es una revisión y re-visión permanente a los trabajos de cada uno de los integrantes del taller, y a su vez, de la poesía chilena y latinoamericana. Es un trabajo crítico, autocrítico, abierto. Y cada vez me siento satisfecho de esas reuniones. Tengo bastante experiencia en talleres literarios, he estado en otros países con muchos más recursos que nosotros, y creo que aquí hay un fermento y una riqueza en

CARMEN GLORIA ESCUDERO



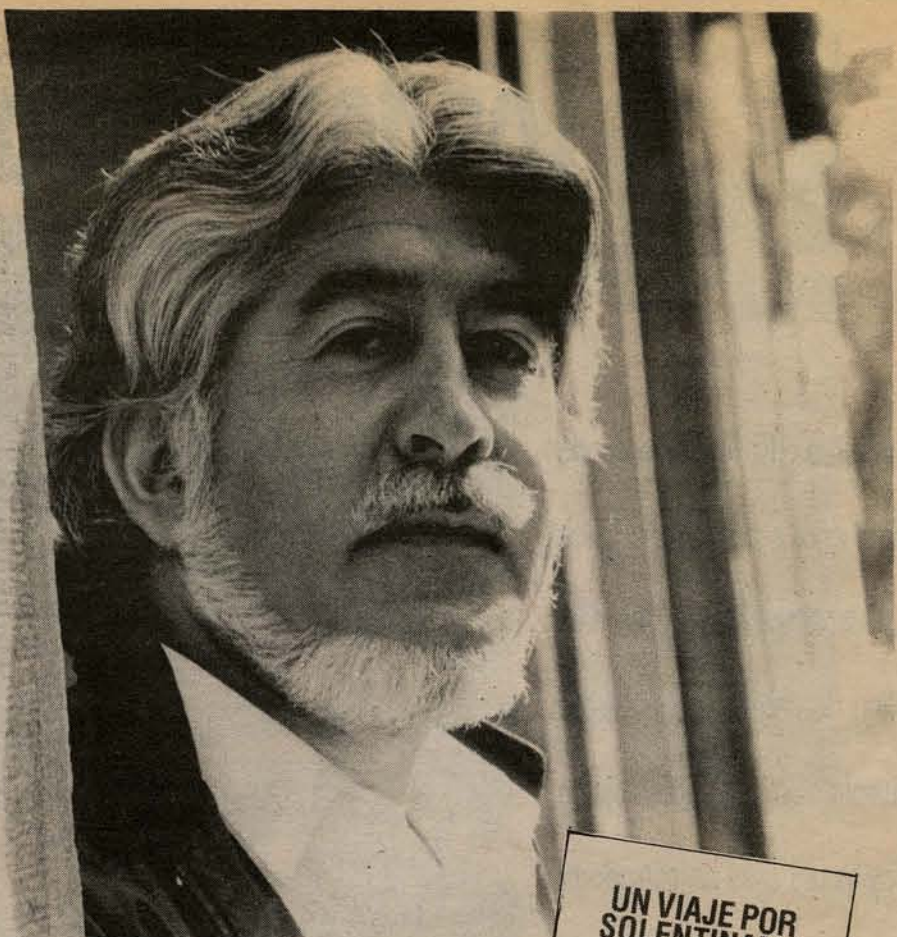
lo humano, en lo literario, en lo creativo, de primera línea.

—¿Hay talentos?

—Muchos talentos. El problema está en que en el caso nuestro, por ejemplo, tuvimos lo que podríamos llamar maestros, orientadores, y a su vez estudiosos y ensayistas que iban a la par con nosotros, o sea con mi generación. Hoy, la mayor parte de los poetas más jóvenes están realizando su trabajo solo, huérfanos, producto de muchas circunstancias que han ocurrido en el país. Están huérfanos de maestros, huérfanos de motivaciones, huérfanos de patrocinio, de respaldos. No tienen posibilidad de publicar sus libros, sus poemarios, y por eso me preocupa y me interesa este acercamiento con los poetas jóvenes de Santiago y de provincia. Hay talentos importantes y valiosos.

—¿Cuál cree que va a ser el rumbo de esta generación de poetas de la post dictadura?

—Durante la dictadura se produjo un fenómeno interesante y que fue el surgimiento de una gran cantidad de poetas de todas las edades. Pero dentro de esta cantidad no hubo un nivel de calidad. Era bueno que todo el mundo estuviera escribiendo. Veo que ahora es importante, porque las cosas se han ido decantando en el sentido de que la poesía chilena va tomando su cauce definitivo en el ordenamiento literario-poético. Y van a quedar los autores que deben quedar, en esta relación de trasvasijamiento generacional de la poesía chilena, pero con líneas bien determinadas. Estamos en ese proceso de decantación de la poesía chilena actual.



—¿Qué temas ve como recurrentes en esos jóvenes?

—Hay dos líneas fundamentales. Por un lado, lo que podríamos llamar una poesía conceptual, preocupada más bien de un proyecto de escritura más teórica, y por otro, una poesía más apegada a las realidades, una poesía contingente, testimonial, que en una época fue subterránea, y que ahora sale a flote, y es más cotidiana, más real. Una y otra han sido muy valiosas, pero de ambas va a surgir en definitiva una sola línea, una unificación de tendencia temática. Hay un fenómeno nuevo e interesante y que es la poesía escrita por mujeres. Surge un grupo de autoras que se atreven con el lenguaje y la palabra, e incorporan una realidad nueva en la poesía chilena.

—¿Qué tal la SECh? ¿Se ha sentido cómodo como presidente?

—Estoy en las finales de mi mandato, como se diría, y ahora puedo mirar con más perspectiva lo que ha sido. Sí, me he sentido muy cómodo. Ha sido una tarea bastante activa. Me correspondió asumir la presidencia de la SECh justo cuando asume el Presidente Aylwin, en un período importante de la historia de Chile, lo que no es un hecho casual. Creo que marca un hito, y significa retomar y recuperar un espacio que siempre tuvo antes la SECh. Eso lo hemos logrado de alguna manera. Ha sido interesante, y con perspectivas en un futuro próximo.

—¿Qué puede hacer un poeta en este cargo?

—Me lo he preguntado, y me lo preguntaba antes, cuando fue Neruda presidente de esta casa. Cuando él era un poeta tan ajeno a las cosas mediatas o burocráticas que significa a veces dirigir instituciones como estas en que tenemos que estar preocupados desde lo más doméstico a lo más trascendente. Creo que es importante que un poeta pueda dirigir una institución como la SECh. Significa una apertura al medio, al país, a nuestra América, al mundo. Mi interés es recuperar una subvención que existió antes, y que no sólo contribuía a mantener esta casa sino a realizar nuestras tareas de creadores con dignidad. Queremos organizar talleres literarios, ciclos de conferencia, una revista de la SECh. Queremos crear y volver a establecer algunos premios literarios que fueron importantes, para autores inéditos. Son pasos que nos interesa dar, pero para darlos necesitamos apoyo, necesitamos una subvención estatal.



—¿Fue su alma de monje trapense lo que lo llevó a Solentiname?

—Fue un afán por conocer América Latina. Era el año 70, y yo recién había ganado un concurso literario y económicamente importante. Era el premio que había instituido la SECh de aquella época, y se llamaba *Vino Chileno para Cuba*, con el patrocinio de Baltazar Castro y las viñas que él tenía en Rancagua. Pero en el fondo, el viaje era pasar por los países de América Latina para llegar a Solentiname. Recién había descubierto la poesía de Cardenal, y la vida que él había organizado en aquella comunidad religioso-campesina. Son vocaciones poéticas, vocaciones viajeras, vocación también de vida contemplativa, de acercamiento a la realidad interior del hombre...

—¿En qué está hoy? ¿Que está escribiendo? ¿Cuáles son los temas que le rondan?

—Siempre tengo algo, siempre me siento motivado por una y otra cosa. Reordenar un libro de poemas que está en camino. Reordenar otro libro de prosa donde recojo mi experiencia viajera por Chile, en fin. Pero en la realidad, en lo que estoy trabajando es en una obra que reúne lo fundamental de la poesía y de la prosa de Gabriela Mistral. Es un libro que se va a publicar en la Fundación Biblioteca Ayacucho, de Caracas, una de las editoriales más importantes de América. Este libro está programado para el año 92, y saliendo de esto concluyo otro viejo proyecto que empecé gracias a la beca de la Fundación Andes, y que es un libro sobre los botánicos españoles en el Reino de Chile en el siglo XVIII.

—¿Y de poesía?

—Son trabajos poéticos en el fondo, que me importa hacerlos porque me siento realizado como poeta. Son libros escritos en prosa, pero es una prosa escrita por un poeta. ¿Poesía propiamente tal? Bueno, yo soy un poeta sin atarantamientos. Trabajo mucho mis poemas, y creo que a fines del siglo XX lograré publicar un nuevo libro de poemas. ■